

CON EL MAR POR MEDIO

**Antología de poesía del exilio
español**

Ésta es una publicación de la **Delegación Azcapotzalco**
y **Para Leer en Libertad AC.**

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Santiago Flores.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.





PARA SERVIR DE PRÓLOGO

Aunque el prologuista lo niegue o no lo crea, en cada antología se deslizan verdades insospechadas, juicios llenos de dolor y otros de angustia.

A veces se nos cuelan frases que sólo cuando están impresas adquieren una sonoridad valiosa y otras un acento dolorido que se había venido ocultando en la biografía de los autores o en la propia biografía de quien prologó.

También hay que aceptar que el prologuista se equivoca y que en ocasiones va desmenuzando, entre los poemas de los elegidos, aquellos insólitos fragmentos que tienen algo que ver con su propia vida. Y aún cabe que la selección sea mala y que haya más errores que aciertos a la hora de seleccionar.

Por otra parte, yo diría, que la antología del destierro español, que cubrió los años del franquismo peninsular, se fue haciendo sola o, por mejor decir, la fue haciendo un mundo de lectores que en cada poema nuevo se encontraban representados de forma dolorosa.

No importa que algún poeta nos parezca oscuro; si tomamos la antología veremos que en toda ella hay una sorprendente y brillante realidad que solamente conociendo sus entrañas se nos da por entero.

Yo diría, por todo cuanto he dicho, que una antología del destierro es un trozo de la historia más cruel de cuantos dolores ha sufrido España.

Paco Ignacio Taibo I

Jamás un país se había quedado, de pronto, sin poetas, como hubiera podido quedarse sin árboles o sin otros lujos.

La poesía española tomó la mar por medio y se fue al otro lado de la tierra dejando a los vencedores tan vencidos como pudiera estarlo un pueblo al que se le desgajó la poesía.

Se inicia esta antología con aquellos tres poetas que jamás pudieron llegar al destierro porque la muerte se les adelantó un paso. Ellos fueron **Don Antonio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández**. Aquí están representados porque sin ellos esta antología estaría incompleta.

Queda prohibido, para cualquier lector, juzgar qué poemas son los mejores o cuáles los más tristes.

Yo me declaro culpable de cualquier omisión; teniendo en cuenta que en esta antología cubrir las omisiones sería tanto como redactar la historia de un pueblo entero.

Paco Ignacio Taibo Lavilla

ANTONIO MACHADO

Nació en Sevilla en 1875 y muere en Collioure, Francia, en 1939.

Se nos muere don Antonio cuando, también, se muere la última resistencia de la España Republicana; nunca se había producido en nuestra tierra un tan dramático camino hacia la muerte. Jamás habíamos visto deslizarse a un poeta hacia un final fuera de la tierra que él amó tanto.

Detrás de él aún resonaba la voz de un general que había gritado en Salamanca su esperanza de que también se muriera la inteligencia.

Al fin el casi cadáver llegó a un pueblecito francés en donde lo enterraron un grupo de amigos doloridos. El pueblo pasó a ser, de pronto, imagen de un último adiós que la inteligencia entera le daba al poeta de 64 años.

Aquella tumba, anónima y aparentemente ajena a toda la grandeza, que se supone acomoda los restos de un hombre tan inteligente, fue creciendo en el alma de los españoles hasta convertirse en algo más que un símbolo. Algo más, también, que un último adiós.

Los jóvenes poetas que aún crecían en España, ajenos a los duelos de sus mayores, comenzaron a caminar hacia el norte hasta llegar al pueblo de Co-

Paco Ignacio Taibo I

llioure llevando entre sus manos las raídas copias de los poemas de don Antonio ocultándolas de los ojos de aquellos que las pudieran mancillar.

Hoy Collioure está en nosotros, aún cuando no esté con nosotros Antonio Machado.

Antologar la poesía de Machado es algo no solamente doloroso sino también un imposible.

Estos versos con los que el antólogo intenta resumir tanta belleza, tanta serenidad, tanto amor por lo que amor merece, tienen la intención de unir la sombra y el trabajo de un poeta para situarlo junto a los que conformaron las voces del exilio.

EL VIAJERO

Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienas plateadas,
un gris mechón sobre la angosta frente;
y la fría inquietud de sus miradas
revela un alma casi toda ausente.

Deshójanse las copas otoñales
del parque mustio y viejo.
La tarde, tras los húmedos cristales,
se pinta, y en el fondo del espejo.

El rostro del hermano se ilumina
suavemente. ¿Floridos desengaños
dorados por la tarde que declina?
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida?
Lejos quedó —la pobre loba— muerta.
¿La blanca juventud nunca vivida
teme, que ha de cantar ante su puerta?

¿Sonríe el sol de oro
de la tierra de un sueño no encontrada;
y ve su nave hender el mar sonoro,
de viento y luz la blanca vela hinchada?

Él ha visto las hojas otoñales,
amarillas, rodar, las olorosas
ramas del eucalipto, los rosales
que enseñan otra vez sus blancas rosas...

Y este dolor que añora o desconfia
el temblor de una lágrima reprime,
y un resto de viril hipocresía
en el semblante pálido se imprime.

Serio retrato en la pared clarea
todavía. Nosotros divagamos.
En la tristeza del hogar golpea
el tictac del reloj. Todos callamos

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...

¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero,
a lo largo del sendero...
—La tarde cayendo está.

Con el mar por medio

En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día;
ya no siento el corazón.

Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;
y el camino se serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
Aguda espina dorada,
quién te volviera a sentir
en el corazón clavada.

RETRATO

 Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

 Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
más recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario.

 Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

 Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay- trinar.

 Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

Con el mar por medio

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con ese buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he
escrito.

A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

A UN OLMO SECO

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas en alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino

Con el mar por medio

y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

FEDERICO GARCÍA LORCA

Nació en Fuentevaqueros, Granada en 1898. Lo asesinaron en Víznar, Granada en 1936. Tenía por entonces 38 años.

Yo lo conocí cuando llegó a Grado, Asturias, al frente de su compañía de teatro La Barraca conformada por estudiantes que se movían entre risas y palmadas para despertar el entusiasmo, que un largo viaje bien podía haber apaciguado.

Yo era tan niño que ocupé una sillita muy baja al borde del escenario, conformado por una plaza pública y señalado por unas bombillas que colgaban de unos cables y que movía el vientecillo de la noche, pero acaso por lo que Rubén Darío llamaba “un caso de celebración inconsciente” aquella noche quedó para siempre en mis recuerdos como si aquel niño de la sillita minúscula hubiera entendido cabalmente que esta escena sería irrepetible.

Por entonces Federico García Lorca era mucho más que un poeta, era un comediante, era una risa, era también un director de escena y cientos de cosas más.

Su nombre creció tan de prisa que cuando en 1936 supe que lo habían matado ya era Lorca, para aquel muchacho de 12 años, una figura tal que llenaba a la familia de congoja.

Había, por entonces, dos Federicos; uno misterioso y difícil de entender para el buen pueblo. Federico había descubierto a su otro yo en la ciudad de Nueva York; otro era el Federico andalucista, burlón y sonriente que un día la gente había aceptado como símbolo de la España eterna.

Bien mirado ninguno de los dos era tan único que no compartiera con el otro momentos amargos, duros y de sonrisa crispada.

En toda España sólo había otro poeta que le contemplaba sin amor alguno e incluso con un duro desamor. Este poeta que se creía el único entre los únicos se llamaba Juan Ramón Jiménez.

Por eso yo, que había tomado partido y que la muerte de Federico hizo a mi partido algo indiscutible llegué a tener por Juan Ramón Jiménez un distanciamiento que mi amigo Ángel González intentó sin éxito alguno amainar a lo largo de los años.

La muerte de Federico no calmó los celos de Juan Ramón Jiménez ni me calmó a mí, sino que por el contrario me fue haciendo más beligerante.

Ahora pasados los años y venidas las muertes se tranquilizó mi espíritu levantisco y si fuera posible habría que irse al más allá para saber si Juan Ramón Jiménez también descansa en paz.

Hacer una antología de la poesía de Federico es, sin embargo, volver a las andadas y hay un Federico que toca el piano y hace llorar a las granadinas, mientras declinan los poemas de Lorca con geranios, flores, gitanos y guardias civiles.

Paco Ignacio Taibo I

Aun ahora, tantos años después, yo me despierto en la noche y veo cómo un oscuro grupo de bárbaros lo asesinan. Para dormirme, poco después, tengo que aceptar que con el paso del tiempo Federico nos ha dejado la más bella de todas las herencias; una voz que intento recoger en unos cuantos poemas que si bien son de Federico, también son míos.

ROMANCE DE LA LUNA, LUNA

A Conchita García Lorca

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,

Paco Ignacio Taibo I

tiene los ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

Cómo canta la zumaya,
¡ay, cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.

BALADILLA DE LOS TRES RÍOS

El río Guadalquivir
va entre naranjos y olivos.
Los dos ríos de Granada
bajan de la nieve al trigo.

*¡Ay, amor
que se fue y no vino!*

El río Guadalquivir
tiene las barbas granates.
Los dos ríos de Granada
uno llanto y otro sangre.

*¡Ay, amor
que se fue por el aire!*

Para los barcos de vela,
Sevilla tiene un camino;
por el agua de Granada
sólo reman los suspiros.

*¡Ay, amor
que se fue y no vino!*

Guadalquivir, alta torre
y viento en los naranjales.

Dauro y Genil, torrecillas
muertas sobre los estanques,

*¡Ay, amor
que se fue por el aire!*

¡Quién dirá que el agua lleva
un fuego fatuo de gritos!

*¡Ay, amor
que se fue y no vino!*

Lleva azahar, lleva olivas,
Andalucía, a tus mares.

*¡Ay, amor
que se fue por el aire!*

CANCIÓN DE JINETE

Córdoba.

Lejana y sola.

Jaca negra, luna grande,

y aceitunas en mi alforja.

Aunque sepa los caminos

yo nunca llegaré a Córdoba.

Por el llano, por el viento,

jaca negra, luna roja.

La muerte me está mirando

desde las torres de Córdoba.

¡Ay qué camino tan largo!

¡Ay mi jaca valerosa!

Paco Ignacio Taibo I

¡Ay que la muerte me espera,
antes de llegar Córdoba!

Córdoba.

Lejana y sola.

LA AURORA

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible:
a veces las monedas en enjambres furiosos
taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraísos ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Nace en Orihuela, Alicante, el día 30 de octubre de 1910 y muere en Alicante el 28 de marzo de 1942, cuando se encontraba preso y muy enfermo de tuberculosis pulmonar aguda.

Al terminar la Guerra Civil Miguel Hernández intentó huir atravesando la frontera portuguesa, pero fue detenido; inició un largo periodo de cárceles siendo condenado a muerte. Finalmente fue recluido en la cárcel de Alicante en donde se murió.

Miguel tenía 32 años, estaba casado y tenía un hijo. Se conservan papeles suyos de aquellos años de encarcelamiento.

Había pasado el poeta por una serie de etapas en las que fue madurando desde un cierto clasicismo hasta una poesía apegada a los acontecimientos que vivía.

Fue un poeta revolucionario que desde las trincheras hablaba a sus compañeros de ideales. Cabe decir que Miguel Hernández se fue haciendo un poeta cada vez más vigoroso gracias a la guerra que padecía y que le envolvía.

Si hubiera estado bien cuidado habría vivido muchos años, pero su vida en la cárcel Alicantina le privaba de medicinas y de atenciones.

Con el mar por medio

En sus últimos años era, lo que podríamos llamar, un soldado poeta hasta el punto de haber pertenecido al legendario 5° Regimiento que se distinguió en la Guerra Civil.

Hijo de un tratante de ganado fue convertido por su padre en cuidador de cabras y sólo el prestigio de sus primeros versos consiguieron un cierto reconocimiento que se fue haciendo más y más fuerte y protector.

Se sabe que a los 15 años cuidaba las cabras familiares y que sus primeras lecturas poéticas procedían de los libros que algunos amigos le prestaban, ya que Miguel hubo de abandonar la escuela.

Su vida fue un continuo hacerse a sí mismo a partir de una juventud desesperada. Mucha de la influencia que la Guerra Civil ejerció en Miguel se advierte en sus poemas beligerantes y vigorosos.

El poeta intentó pasar desapercibido en una España convulsa, pero decidió volver a los suyos. Cuando llegaba a Orihuela, que es un pueblo del Levante español, fue reconocido y encarcelado otra vez.

Su enfermedad no le permitió ser atendido en una cárcel, atestada de presos, y allí, entre dolores y miserias, se fue a morir.

Llegó tan hondo el beso
que traspasó y emocionó los muertos.

El beso trajo un brío
que arrebató la boca de los vivos.

El hondo beso grande
sintió breves los labios al ahondarse.

El beso aquel que quiso
cavar los muertos y sembrar los vivos.

ANTES DEL ODIO

Beso soy, sombra con sombra.
Beso, dolor con dolor,
por haberme enamorado,
corazón sin corazón,
de las cosas, del aliento
sin sombra de la creación
Sed con agua en la distancia,
pero sed alrededor.

Corazón en una copa
donde me lo bebo yo,
y no se lo bebe nadie,
nadie sabe su sabor.
Odio, vida: ¡cuánto odio
sólo por amor!

No es posible acariciarte
con las manos que me dio
el fuego de más deseo,
el ansia de más ardor.
Varias alas, varios vuelos
abatén en ellas hoy
hierros que cercan las venas
y las muerden con rencor.
Por amor, vida, abatido,
pájaro sin remisión.

Sólo por amor odiado.

Sólo por amor.

Amor, tu bóveda arriba
y no abajo siempre, amor,
sin otra luz que estas ansias,
sin otra iluminación.

Mírame aquí encadenado,
escupido, sin calor,
a los pies de la tiniebla
más súbita, más feroz,
comiendo paz y cuchillo
como buen trabajador
y a veces cuchillo sólo,
sólo por amor.

Todo lo que significa
golondrinas, ascensión,
claridad, anchura, aire,
decidido espacio, sol,
horizonte aleteante,
sepultado en un rincón.
Esperanza, mar, desierto,
sangre, monte rodador:
libertades de mi alma
clamorosas de pasión,
desfilando por mi cuerpo,
donde no se quedan, no,
pero donde se despliegan,
sólo por amor.

Con el mar por medio

Porque dentro de la triste
guirnalda del eslabón,
del sabor a carcelero
constante, y a paredón,
y a precipicio en acecho,
alto, alegre, libre soy.
Alto, alegre, libre, libre,
sólo por amor.

No, no hay cárcel para el hombre.
No podrán atarme, no.
Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior.
¿Quién encierra una sonrisa?
¿Quién amuralla una voz?
A lo lejos tú, más sola
que la muerte, la una y yo.
A lo lejos tú, sintiendo
en tus brazos mi prisión:
en tus brazos donde late
la libertad de los dos.
Libre soy. Siénteme libre.
Sólo por amor.

LAS VOCES FUERON LLEGANDO

Es imposible que adivinemos cuál fue el primer poema del exilio que llegó a México; imposible adivinar si el poema se gestó cuando aparecían en el horizonte las primeras luces de Veracruz, o si surgió en la calle de López cuando en ella se instalaron las primeras familias españolas que buscaban acomodo en la ciudad de México.

Lo cierto es que estos poemas, hayan sido los que hayan sido, crearon ya lo que sería una manera de ser del nuevo español.

México imponía su nuevo lenguaje, su nueva forma de decir, pero las viejas fórmulas se resistían a rendirse: el exilio nacía entre dos aguas y entre dos promesas.

Todo trabajo de investigación de aquellos años nos lleva a un cierto desconcierto, a una cierta voluntad que se imponía, a una cierta nostalgia que palpitaba y a un cierto país que se estaba descubriendo para aquellos que pensaban que España y América no llegarían jamás a emulsionarse.

Lo cierto es que el exilio estaba creando una poesía nueva.

Lo que hoy conocemos como *“La poesía del Exilio”*.

LEÓN FELIPE

Nace en Tábara, Zamora, en 1884 y partiendo de una juventud que pudo haber sido cómoda vive una vida dramática que lo lleva hasta América y finalmente a México.

Hijo de un notario, estudia farmacéutica y se hace dueño de una botica. Le dura poco y un día va a caer a la cárcel porque no pudo responder a ciertas deudas.

El mismo León confesaba que había sido mendigo antes de ser poeta.

Muere en la ciudad de México en 1968 a la edad de 84 años y coincide su muerte con otro momento dramático de la historia de su nuevo país.

Mientras un grupo reducido de amigos lo llevábamos hasta el cementerio el Ejército Mexicano invadía la universidad en contra de todas las leyes, hasta el momento respetadas.

Yo recuerdo que el ataúd de León Felipe iba dispuesto sobre una camilla que rodaba sobre los pasillos del cementerio y que en un momento dado el féretro de León se cruzó con otro cadáver y nosotros tuvimos que aguardar que esta otra comitiva funeraria se adelantara a la del poeta. Fue incinerado y al volver “cada mochuelo a su olivo”, que diría León, nos cruzamos con camiones que transportaban soldados.

Cuando los exiliados llegaron a México León ya estaba allí esperándoles. Y allí, aquí, comenzó una labor rigurosa de poesía beligerante. Por entonces ya estaba casado y era tío de un torero que lo admiraba: Carlos Arruza.

Su tertulia, en la que muchos fuimos a caer, se instaló en el café Sorrento de la ciudad de México en donde su impresionante aspecto: boina negra, chamarra de pastor zamorano, bastón de nudos y gafas de concha lo hacían inconfundible.

León Felipe llevaba por dentro una mezcla de generosidad y de candor; y por fuera un talento dado a la controversia e, incluso, a la bronca airada.

Su prestigio iba subiendo sin que él hiciera nada porque subiera y tuvimos que esforzarnos mucho para que nos permitiera, al director Felipe Cazals y a mí, hacer un documental sobre su vida.

León Felipe solía acudir a los estrenos teatrales en donde su bastón opinaba de una manera más recia que el poeta, sobre las bondades y los desaciertos, de la obra exhibida.

Por entonces estaba surgiendo en México un teatro joven y nuevo que miraba con desprecio las comedias habituales del franquismo.

Fue importante, para la vida de León Felipe, su amistad con un joven poeta que a su debido tiempo será integrado en esta antología. Hablo de Luis Rius quien escribió la primer biografía del poeta de Tábara; el libro se llama *León Felipe, poeta de barro: bio-*

grafía y fue editado en México y no sé si alguna vez apareció en España.

Por aquella época el Ateneo Español, creado por los exiliados, reunía a las voces más claras y penetrantes de la poesía española.

Sobre estos momentos de la cultura del exilio el propio Luis Rius escribió: “El público asistente al Ateneo estaba hecho a una atmósfera poética acaparada por dos tipos de poetas: el de los continuadores de un modernismo que había perdido ya los fulgores originales, y el de los jóvenes que reaccionaban violentamente contra aquella expresión que sentían muerta, y buscaban una nueva exaltación de la metáfora inédita, inusitada, el reencuentro con la verdad poética, abiertos a todas las literaturas europeas de vanguardia: futurismo, maquinismo, dadaísmo, creacionismo, sobrerrealismo, enemigos de todo sentimentalismo como fuente de poesía, de cualquier sustento biográfico y confesional de la misma, iconoclastas furibundos: los ultraístas.”

“Aparte quedaban unas cuantas individualidades respetadas por unos y por otros, voces únicas, inasimilables a una u otra tendencia: Unamuno, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez”.

Yo añadiré aquí que León Felipe hacía por entonces una poesía que solía desdeñar lo poético.

PROLOGUILLOS

2

Poesía...
tristeza honda y ambición del alma...
¡cuándo te darás a todos... a todos,
al príncipe y al paria,
a todos...
sin ritmo y sin palabra!

COMO TÚ...

Así es mi vida,
piedra,
como tú. Como tú,
piedra pequeña;
como tú,
piedra ligera;
como tú,
canto que ruedas
por las calzadas
y por las veredas;
como tú,
guijarro humilde de las carreteras;
como tú,
que en días de tormenta
te hundes
en el cieno de la tierra
y luego
centelleas
bajo los cascos
y bajo las ruedas;
como tú, que no has servido
para ser ni piedra
de una lonja,
ni piedra de una audiencia,
ni piedra de un palacio,

Paco Ignacio Taibo I

ni piedra de una iglesia;
como tú,
piedra aventurera;
como tú,
que tal vez estás hecha
sólo para una honda,
piedra pequeña
y
ligera...

RAFAEL ALBERTI

Nació en 1902 y murió en 1999. Hace más de cien años nació Rafael Alberti en un lugar llamado Puerto de Santa María, situado junto a Cádiz y mirando al mar por donde llegaron tantas imágenes blancas y saladas.

Este Rafael tendría una larga vida de poeta, de guerrillero de la palabra, de vagabundo en busca del lugar en donde sería lanzado al aire para que cumpliera un largo vuelo.

A los 15 años su familia se lo llevó a la capital de España, Madrid, y allí dejó de estudiar para convertirse en pintor. Poco tiempo después pasó de pintor a poeta y pocos años más tarde pasó de poeta a político.

Dicho de otra forma a los 23 años se consagra como poeta ganando el Premio Nacional de Literatura con el libro *Marinero en tierra*.

Dos años después él, que había nacido católico y apostólico, pierde la fe y a los 29 años se afilia al Partido Comunista.

Fue hombre fiel a sus convicciones sociales, peleó, fue perseguido, abandonó España, se hizo viejo en el extranjero, pero nunca dejó de seguir escribiendo poesía.

Paco Ignacio Taibo I

Hace cien años que cientos de personas comulgaron con sus ideas esenciales: el mar, el pueblo, el cielo.

Acaso éste fue el primer verso de su vida:

“Sueño en ser almirante de navío,
para partir el lomo de los mares,
al sol ardiente y a la luna fría”

Cientos de escritores, de todo el mundo, quisieron encontrar el meollo de esa poesía tan clara y tan sencilla de la que Alberti jamás se divorció del todo.

El Puerto de Santa María, con la salida del niño Rafael Alberti, se perdió en el Atlas del mundo y tardó en volver a encontrarse y ello a pesar de tener un pasado remoto de árabes a caballo y de haber vivido siglos acunado en un río que lleva tanta agua como lleva tanta historia: Guadalete.

Alberti tuvo por ídolo a otro poeta al que sintió morir joven, pero nunca lo olvidó a lo largo del tiempo. Ese poeta se llamó Garcilaso de la Vega y en México se le guarda igual reverencia y respeto.

“Si Garcilaso volviera,
yo sería su escudero;
que buen caballero era.
Mi traje de marinero
se trocaría en guerrera,

Con el mar por medio

ante el brillar de su acero;
que buen caballero era”.

Cuando Alberti iba camino de cumplir 30 años escribió *Sobre los Ángeles* y aún hoy hay poetas que recuerdan aquellos poemas como una revelación, aun cuando el verso los hubiera tomado por sorpresa, ya que eran niños. Por ese tiempo el surrealismo asomaba la cabeza y se dejaba ver.

*Sólo sabíamos que una circunferencia puede no ser redonda
y que un eclipse de luna equivoca a las flores
y adelanta el reloj de los pájaros.
Ninguno comprendíamos nada:
ni por qué nuestros dedos eran de tinta china
y la tarde cerraba compases para al alba abrir libros.
Sólo sabíamos que una recta, si quiere, puede ser curva
o quebrada
y que las estrellas errantes son niños que ignoran la aritmética.*

El niño Rafael ya había aprendido, por entonces, a conjugar los mares de su tierra con las ideas de su tiempo.

A UN CAPITÁN DE NAVÍO

Homme libre, toujours tu chéris la mer!

Ch. Baudelaire

Sobre tu nave —un plinto verde de algas marinas,
de moluscos, de conchas, de esmeralda estelar—,
capitán de los vientos y de las golondrinas,
fuiste condecorado por un golpe de mar.

Por ti los litorales de frentes serpentinas
desenrollan, al paso de tu arado, un cantar:
—Marinero, hombre libre que los mares declinas,
dinos los radiogramas de tu estrella Polar.

Buen marinero, hijo de los llantos del norte,
limón del mediodía, bandera de la corte
espumosa del agua, cazador de sirenas;

todos los litorales amarrados del mundo
pedimos que nos llesves en el surco profundo
de tu nave, a la mar, rotas nuestras cadenas.

EL HERIDO

—Dame, tu pañuelo, hermana,
que vengo muy mal herido.

—Dime qué pañuelo quieres,
si el rosa o color de olivo.

—Quiero un pañuelo bordado,
que tenga en sus cuatro picos
tu corazón dibujado.

EL TORO DEL PUEBLO VUELVE

Creyeron que aquel toro ya tenía
rotas las astas, el testuz vencido;
que hasta cuando bramaba, su bramido
ni en el viento se oía.

Creyeron que su oscuro
dolor era agonía;
que el poder de su antigua reciedumbre
para el golpe mortal estaba ya maduro;
que su furor dormía doblado de mansedumbre.

Pero, de pronto un día, un día...

¿Qué sucede, qué sucede?
¿Qué pasa, que en la mañana
hay verdor de acometida,
despertar de sangre brava?

El toro del pueblo sube,
rebosa el toro de España.
Por las calles crece, hambriento,
se empina furioso, salta.
Es un ciclón de hermosura,

Con el mar por medio

tromba de rayos y llamas.
Vive el toro, vuelve el toro.
No hay ruedo, para él no hay plaza,
barreras que lo limiten,
hierros que le pongan trabas.
El toro seco del campo,
el de metal de las fábricas,
el de carbón de las minas,
el niveo de las montañas,
el ciego del mar, el toro
blanco y azul de las playas.

El toro español ha vuelto.
Su ruedo ya es toda España.
Si es de furia y pedernales
de chispas que no se apagan,
¿qué no ha de prender, qué nieblas
van a enfrentarle su espada?
Si ayer saltó en Barcelona,
si en Madrid ayer saltara,
mañana lo hará en Sevilla,
lo hará en Asturias mañana.
Levantará hasta los muertos
por donde quiera que vaya.
Su paso será una hoguera,
su arremetida una bala.
No habrá oscuros que lo lidien,
no habrá picas, ni habrá capas,
banderillas que lo doblen,
estocadas que lo hagan

Paco Ignacio Taibo I

morder el polvo, mulillas
que lo arrastren. ¡No habrá nada!
Sólo su hervor y una nueva
lumbre en los montes de España.

PEDRO GARFIAS

Pedro Garfias nació en Salamanca el 27 de mayo de 1901 y murió en Monterrey, México, el 9 de agosto de 1967.

Uno de sus poemas se convirtió en el símbolo de la llegada a México del exilio.

Aun ahora decenas de personas creen haber visto a Pedro Garfias en la cubierta del buque que lo traía a México.

El poeta **Pedro Garfias** escribía versos significativos que hoy reproduzco en esta antología.

Pedro era lo que se dice un ser mal encarado, entendiéndolo por tal que sus facciones se retorcían sobre su rostro y un ojo parecía mirar lo que aún no se había presentado ante su vista.

En México **Pedro Garfias** adquirió una fama que aún no se le había prestado en España; y esto nació por el fervor con que la gente del norte del país, exactamente Monterrey, le acogió y le celebró.

Ahora **Pedro Garfias** venció a su aspecto discutible y a su mala fama de hombre dado a las cantinas y al dispendio; se diría que se venció a sí mismo y que tardó en entrar a las antologías en donde ya se encuentra instalado y bien reconocido.

Paco Ignacio Taibo I

Personaje estupendo, bien podía una noche de desconsuelo mascullar sus propios versos sin dar a este hecho gran importancia sino como quien se recuerda a sí mismo.

Yo lo conocí en la barra del restaurante *El horreo* frente a esa Alameda que pintó Diego Rivera en un mural lleno de color y gracia, pero que tiene el gran defecto de no haber incluido entre sus múltiples personajes a Pedro Garfias; acaso porque Diego pintaba los murales de día y Garfias era un noctámbulo pertinaz.

La leyenda afirma que esos versos que empiezan diciendo:

“Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel— nos une y nos separa”

son la más bella descripción de la relación entre el exilio y el pueblo de México: Un bello junco y un acero fiel que une y nos separa.

ENTRE ESPAÑA Y MÉXICO

Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel— nos une y nos separa
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.
Repite el mar sus cóncavos azules,
repite el cielo sus tranquilas aguas
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos
de análoga ambición, nuestras miradas.

España que perdimos, no nos pierdas;
guárdanos en tu frente derrumbada,
conserva a tu costado el hueco vivo
de nuestra ausencia amarga
que un día volveremos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta.

Y tú, México libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas;
proletarios gigantes de anchas manos

Paco Ignacio Taibo I

que forjan el destino de la Patria;
pueblo libre de México:
como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!

AL CAPITÁN XIMENO

Mirada azul de Ximeno
en cara de niño bueno.
Mirada de azul cuajado,
de azul acero templado
tan inocente
bajo la paz de la frente.

Dicen, Ximeno, que fuiste
bandolero y que supiste
de la fuga por los montes
hacia aquellos horizontes
donde nadie sabe dónde
un tibio rincón se esconde
para el hombre como el ave
sediento de libertad.

Y quién sabe
si fue mentira o verdad.

Yo te he visto Capitán
en el frente cordobés:

Capitán
del Batallón de Garcés.

Valiente, serio, callado,
gran soldado
sobre tu caballo alzado
qué buena estampa tenías
tu mirada, como el cielo
desperezando su vuelo
sobre lentas lejanías.

Y ahora irás por las veredas
y entre breñas y jarales
—no por blandas alamedas
ni por caminos reales—
a la muerte. Buen Viaje.

Tu pistola sin reposo
y tu caballo nervioso
serán tu solo equipaje.
Y tu silencio y tu afán
desolados...

Capitán
de bandidos y soldados.

Y a mí qué
si yo siempre te veré
con la muerte terca enfrente
y tu mirada inocente
mirándola fijamente.

Con el mar por medio

¡Ay, Ximeno, Capitán
del Batallón de Garcés;
Capitán
de la cabeza a los pies!

CELSO AMIEVA

Celso Amieva nació el 19 de marzo de 1911 en Asturias, pero no está muy claro en qué lugar de Asturias, por lo menos hay tres versiones sobre su nacimiento, en Barro, Cadexana o en Puente de San Miguel.

Su vida fue la de un hombre encantador, curioso y dado a inventarse a sí mismo.

Por lo pronto **Celso Amieva** fue también un invento, ya que se llamó, según un cierto juzgado, **José María Álvarez Posada**.

A todo esto, que sería ya suficientemente confuso habría que añadir estos nombres con los que firmó poemas y cuentos: **Lino Serdal, Elías Pombo, Fideal y Corsino Urriel**.

Lo que él me contó es que encontrándose en Madrid de vacaciones, de su labor como maestro de escuela en Asturias, estalló la guerra y él tomó las armas para defender a la República.

Cuando el ejército español fue derrotado por los franquistas Celso pasó a Francia escapando a través de la frontera de los Pirineos; allí fue detenido por la policía francesa y enviado a un campo de concentración situado en la playa de Argelés-sur-Mer.

Con el mar por medio

De este tiempo y de las noches que hubo de dormir sobre la arena nació un libro que más tarde se editó en México en 1960 bajo el título *La almohada de arena*.

Mientras tanto estalló la guerra europea y Celso se unió a las fuerzas constituidas por grupos de españoles que conformaron lo que se llamó el “Maquis de Picaussel”; esto fue hacia junio de 1944.

Liberada Francia de las fuerzas fascistas Celso busca la manera de reunirse con el exilio español sobre todo instalado en México y, en 1953, gracias a su amistad epistolar con una mujer mexicana a la que no conocía pudo entrar en el exilio en donde yo lo conocí.

En México sigue haciendo poesía siempre sin darse a conocer, pero creando un cierto prestigio.

En 1959 Celso Amieva hace el guión de la película titulada *Pueblo en Armas* aun cuando su nombre no aparece en los créditos, pero poco después el gobierno le condecoró con la Medalla Artística de la Revolución Mexicana. La película era un canto a los revolucionarios dirigida por Miguel Contreras Torres.

Años después me escribió desde Moscú, en donde lo habían reclamado para que formara parte del equipo de gente que trabajaba para la radio rusa en idioma Español.

Fue amigo de muchos poetas, entre ellos León Felipe y Alfonso Camín, pero nunca se dio demasiada importancia a sí mismo. Yo si se la di.

Paco Ignacio Taibo I

Vivió alrededor de quince años en Rusia y volvió a tiempo para que lo enterraran en Barro de Llanes uno de los lugares en que se supone que nació.

El único homenaje que se le hizo a Celso Amieva en Asturias, y del cual tengo noticias, fue en Llanes en el llamado Casco Antiguo, en donde se instalaron cientos de placas metálicas numeradas con fragmentos de sus versos que podrían seguirse de placa en placa hasta reconstruir el poema.

En uno de los poemas fragmentados por las placas podía leerse:

Torre de Llanes que en el siglo XX
desde el fondo del XIII te levantas,
yo me quito la boina ante tu mole
reina y anciana.

Ceñida de galernas, eje rudo
de la rueda terrestre y la terráquea,
tu tronco secular conecta a Llanes
con la Vía Láctea.

POETA EN LA ARENA

Aquí está el Español
a solas con su verdad.
Lejos de España, mas no importa:
está España donde él está.
Aquí está el Español,
hiel en el pecho y en la boca sal,
acorralado en una triste playa extranjera.
El saldrá por la Pascua o por la Trinidad.
Descubríos ante las alambradas
que acordonan este arenal,
pueblos sin alma que os estáis
mirándonos
sin ver jamás jamás, jamás...

MAQUIS

Aquel pastor francés no nos quería...
Mas no por guerrilleros,
pues el pastor al nazi aborrecía.
Éramos sospechosos, forasteros,
nativos de otra tierra... Y él temía
por sus gordos corderos.
¡Aquel pastor francés no comprendía!

Aquel pastor francés no nos quería.
“hay muchos extranjeros
en Francia —se decía—
y vino el mal de ahí: de aventureros
que Francia hizo franceses un mal día
y la vendieron por treinta dineros”.
¡Aquel francés no distinguía!

Aquel pastor francés no nos quería.
Nunca, ni a precio de oro, nos vendía
uno de sus corderos.
“españoles en esta serranía,
yo me pregunto qué hacen —repetía—
¡Al fin aventureros!”
Aquel pastor, ¡qué mal nos conocía!

Con el mar por medio

A otro “maquis” de aquella cercanía,
los nazis carniceros
atacaron con tanques a porfía.
Mozos franceses sin veteranía
sucumbieron lo mismo que corderos.
Ni uno solo escapó de la sangría.
¡Y el buen pastor francés lloró aquel día!
Dado lo bien que todo les salía,
los nazis en blindados altaneros
volvieron hacia nuestra crestería
sus rugientes aceros.
Y el pastor, cuando vio lo que subía,
“no queda español vivo”—se decía.
Aquel pastor, ¡qué mal nos conocía!

LUIS CERNUDA

Nació en Sevilla el 21 de septiembre de 1902 y murió en la ciudad de México el 5 de noviembre de 1963.

La primera vez que escuché hablar de Luis Cernuda fue en una reunión sobre música de jazz en la que un profesor asturiano, que había sido lector del español en la ciudad de Perugia, Italia, contó que cuando Cernuda vivía en la Residencia de Estudiantes de la Institución Libre de Enseñanza, en Madrid, por los resquicios que dejaba la puerta cerrada de la habitación de Cernuda salía a todas horas música de jazz.

Rodrigo Artime señalaba esto para dar noticia de la extraña figura, enigmática y silenciosa, de un joven sevillano dado al jazz en Madrid.

Esto debió ser por los años 30s ya que en 1936, cuando estalla la Guerra Civil en España, Cernuda comienza un largo exilio que le hace pasar por Francia, Inglaterra, Estados Unidos y, finalmente, México.

No dejaba de causar curiosidad este poeta que se encerraba en su habitación para escuchar, lo que yo supongo que eran los monólogos de la trompeta de Louis Armstrong que debió conocer en la ciudad de Lyon, en Francia, cuando estuvo trabajando allí unos meses. Pienso, también, que los otros habi-

tantes, de la hoy mítica institución, contemplarían a Cernuda con un cierto asombro que se reflejaba en el hecho de que Rodrigo Artime recordaba con tanta precisión un detalle que hoy no sería tan singular. Lo habitual en aquellas tertulias de los estudiantes era el surrealismo que estaba naciendo en Francia.

Luis Mateo Bernardo José Cernuda Bidón, por entonces ya era un huérfano ya que su padre, un militar, se había muerto en España.

La sublevación del ejército español contra la República se produce en el mes de julio de 1936 y Cernuda viaja a París como secretario del embajador Álvaro de Albornoz.

Éste es un momento esencial en la vida del poeta que vuelve a España y se encuadra en el Batallón Alpino y parece ser que interviene en combates y participa, apasionadamente, en la defensa de la República Española.

Su defensa de la democracia se hace más y más vigorosa y junto con Rafael Alberti funda la revista *Hora de España*.

Luis Cernuda inicia su andadura fuera de España hasta encontrar su hogar definitivo en México en donde desde el mes de noviembre de 1952 vive en casa de Concha Méndez, divorciada del poeta español Manuel Altolaguirre.

Por entonces Luis Cernuda había ganado ya fama de tímido y personaje áspero, había venido recluyéndose cada vez más en sí mismo, guareciéndose

Paco Ignacio Taibo I

de la perversa crítica que su tendencia a la homosexualidad le deparaba.

Coincidió con él, dos o tres veces, en el café Sorrento en donde los exiliados solían reunirse en las tardes bajo la presencia de León Felipe.

Supongo que sus visitas a estas tertulias tuvieron siempre una razón práctica, ya que Cernuda aparecía y desaparecía como por encanto. Los contertulios lo miraban con un cierto recelo y eran pocos los que concedían a la poesía del sevillano una verdadera trascendencia.

A los 61 años era un personaje elegante, cuidadoso en su atuendo, fumador de pipa y con un aire que parecía haber heredado de las películas producidas, por entonces, en Hollywood.

De pronto su poesía fue creciendo y creciendo hasta convertirse en una de las más bellas revelaciones de la literatura española.

IMPRESIÓN DE DESTIERRO

Fue la pasada primavera,
hace ahora casi un año,
en un salón del viejo Temple, en Londres,
con viejos muebles. Las ventanas daban,
tras edificios viejos, a lo lejos,
entre la hierba el gris relámpago del río.
Todo era gris y estaba fatigado
igual que el iris de una perla enferma.

Eran señores viejos, viejas damas,
en los sombreros plumas polvorientas;
un susurro de voces allá por los rincones,
junto a mesas con tulipanes amarillos,
retratos de familia y teteras vacías.
La sombra que caía
con un olor a gato,
despertaba ruidos en cocinas.

Un hombre silencioso estaba
cerca de mí. Veía
la sombra de su largo perfil algunas veces
asomarse abstraído al borde de la taza,
con la misma fatiga
del muerto que volviera
desde la tumba a una fiesta mundana.

Paco Ignacio Taibo I

En los labios de alguno,
allá por los rincones
donde los viejos juntos susurraban,
densa como una lágrima cayendo,
brotó de pronto una palabra: España.
Un cansancio sin nombre
rodaba en mi cabeza.
Encendieron las luces. Nos marchamos.

Tras largas escaleras casi a oscuras
me hallé luego en la calle,
y mi lado, al volverme,
vi otra vez a aquel hombre silencioso,
que habló indistinto algo
con acento extranjero,
un acento de niño en voz envejecida.

Andando me seguía
como si fuera solo bajo un peso invisible,
arrastrando la losa de su tumba;
mas luego se detuvo.
“¿España?”, dijo. “Un nombre.
España ha muerto.” Había
una súbita esquina en la calleja.
Le vi borrarse entre la sombra húmeda.

DONDE HABITE EL OLVIDO

Donde habite el olvido,
en los vastos jardines sin aurora;
donde yo sólo sea
memoria de una piedra sepultada entre ortigas
sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

Donde mi nombre deje
al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
no esconda como acero
en mi pecho su ala,
sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el
tormento.

Allá donde termine este afán que exige un dueño a
imagen suya,
sometiendo a otra vida su vida,
sin más horizonte que otros ojos frente a frente.

Donde penas y dichas no sean más que nombres,
cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;
donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
disuelto en niebla, ausencia,
ausencia leve como carne de niño.

Allá, allá lejos;
Donde habite el olvido.

ESTOY CANSADO

Estar cansado tiene plumas,
tiene plumas graciosas como un loro,
plumas que desde luego nunca vuelan,
mas balbucean igual que loro.

Estoy cansado de las casas,
prontamente en ruinas sin un gesto;
estoy cansado de las cosas,
con un latir de seda vueltas luego de espaldas.

Estoy cansado de estar vivo,
aunque más cansado sería el estar muerto;
estoy cansado del estar cansado
entre plumas ligeras sagazmente,
plumas del loro aquel tan familiar o triste,
el loro aquel del siempre estar cansado.

A SUS PAISANOS

No me queréis, lo sé, y qué os molesta
cuanto escribo. ¿Os molesta? Os ofende.
¿Culpa mía tal vez o es de vosotros?
Porque no es la persona y su leyenda
lo que ahí, allegados a mí, atrás os vuelve.
Mozo, bien mozo era, cuando no había brotado
leyenda alguna, caísteis sobre un libro
primerizo lo mismo que su autor: yo, mi primer libro.
Algo os ofende, porque sí, en el hombre y su tarea.

¿Mi leyenda dije? Tristes cuentos
inventados de mí por cuatro amigos
(¿Amigos?), que jamás quisisteis
ni ocasión buscasteis de ver si acomodaban
a la persona misma así traspuesta.
Mas vuestra mala fe los ha aceptado.
Hecha está la leyenda, y vosotros, de mí desconocidos,
respecto al ser que encubre mintiendo doblemente,
sin otro escrúpulo, a vuestra vez la propaláis.

Contra vosotros y esa vuestra ignorancia voluntaria,
vivo aún, sé y puedo, si así quiero, defenderme.
Pero aguardáis al día cuando ya no me encuentre
aquí. Y entonces la ignorancia,
la indiferencia y el olvido, vuestras armas

Paco Ignacio Taibo I

de siempre, sobre mí caerán, como la piedra,
cubriéndome por fin, lo mismo que cubristeis
a otros que, superiores a mí, esa ignorancia vuestra
precipitó en la nada, como al gran Aldana.

De ahí mi paradoja, por lo demás involuntaria,
pues la imponéis vosotros: en nuestra lengua escribo,
criado estuve en ella y, por eso, es la mía,
a mi pesar quizá, bien fatalmente. Pero con mis
expresas excepciones,
a vuestros escritores de hoy ya no los leo.
De ahí la paradoja: soy, sin tierra y sin gente,
escritor bien extraño; sujeto quedo aún más que otros
al viento del olvido que, cuando sopla, mata.

Si vuestra lengua es la materia
que empleé en mi escribir y, si por eso,
habréis de ser vosotros los testigos
de mi existencia y su trabajo,
en hora mala fuera vuestra lengua
la mía, la que hablo, la que escribo.
Así podréis, con tiempo, como venís haciendo,
a mi persona y mi trabajo echar afuera
de la memoria, en vuestro corazón y vuestra mente.

Grande es mi vanidad, diréis,
creyendo a mi trabajo digno de la atención ajena
y acusándoos de no querer la vuestra darle.
Ahí tendréis razón. Mas el trabajo humano
con amor hecho, merece la atención de los otros,

Con el mar por medio

y poetas de ahí tácitos lo dicen
enviando sus versos a través del tiempo y la distancia
hasta mí, atención demandando.
¿Quise de mí dejar memoria? Perdón por ello pido.

Mas no todos igual trato me dais,
que amigos tengo aún entre vosotros,
doblemente queridos por esa desusada
simpatía y atención entre la indiferencia,
y gracias quiero darles ahora, cuando amargo
me vuelvo y os acuso. Grande el número
no es, mas basta para sentirse acompañado
a la distancia en el camino. A ellos
vaya así mi afecto agradecido.

Acaso encuentre aquí reproche nuevo:
que ya no hablo con aquella ternura
confiada, apacible de otros días.
Es verdad, y os lo debo, tanto como
a la edad, al tiempo, a la experiencia.
A vosotros y a ellos debo el cambio. Si queréis
que ame todavía, devolvedme
al tiempo del amor. ¿Os es posible?
Imposible como aplacar ese fantasma que de mí
evocasteis.

DESPEDIDA

Muchachos
que nunca fuisteis compañeros de mi vida,
adiós.

Muchachos
que no seréis nunca compañeros de mi vida,
adiós.

El tiempo de una vida nos separa
infranqueable:
a un lado la juventud libre y risueña;
a otro la vejez humillante e inhóspita.

De joven no sabía
ver la hermosura, codiciarla, poseerla;
de viejo la he aprendido
y veo a la hermosura, mas la codicio inútilmente

Mano de viejo mancha
el cuerpo juvenil si intenta acariciarlo.
Con solitaria dignidad el viejo debe
pasar de largo junto a la tentación tardía.

Frescos y codiciables son los labios besados,
labios nunca besados más codiciables y frescos
aparecen.

Con el mar por medio

¿Qué remedio, amigos? ¿Qué remedio?
Bien lo sé: no lo hay.

Qué dulce hubiera sido
en vuestra compañía vivir un tiempo:
bañarse juntos en aguas de una playa caliente,
compartir bebida y alimento en una mesa.
sonreír, conversar, pasearse
mirando cerca, en vuestros ojos, esa luz y esa
música.

Seguid, seguid así, tan descuidadamente,
atrayendo al amor, atrayendo al deseo.
No cuidéis de la herida que la hermosura vuestra y
vuestra gracia abren
en este transeúnte inmune en apariencia a ellas.

Adiós, adiós, manojos de gracias y donaires.
Que yo pronto he de irme, confiado,
adonde, anudado el roto hilo, diga y haga
lo que aquí falta, lo que a tiempo decir y hacer aquí
no supe.

Adiós, adiós, compañeros imposibles.
que ya tan sólo aprendo
a morir, deseando
veros de nuevo, hermosos igualmente
en alguna otra vida.

EMILIO PRADOS

Nace en Málaga en 1899 y muere en México el 24 de abril de 1962. Era hombre débil pero tenía una constitución poética enérgica y contraria a su aspecto exterior.

Sus padres lo enviaron a curar sus pulmones a Suiza.

Vuelto a Madrid se encuentra providencialmente rodeado de poetas y de artistas que le señalan el camino. Estos poetas y artistas fueron: Juan Ramón Jiménez, Moreno Villa, García Lorca, Dalí, Buñuel, Pepín Bello y Vicéns.

De estas amistades y de su concepto sobre una poesía enraizada en las carencias del pueblo surgen unos versos que lo muestran fuerte y enérgico.

Era un peleador que había nacido con frágiles pulmones.

Lo conocí en México cuando había conjugado su poesía con una labor casi artesanal de creador de libros.

Era difícil entender cómo dentro de aquel cuerpo de apariencia frágil vivía un luchador.

Creo que un católico dado a las comparaciones dijo que Emilio Prados era un Francisco de Asís en traje de faena.

Con el mar por medio

Sus compañeros lo querían por encima de lo que sus versos podían tener en un principio de dados a la lucha.

Llegaba a la tertulia de exiliados y el tiempo se amainaba y el respeto por Emilio hacía que se enfriara el café con leche. Yo recuerdo cómo una vez escuché susurrar al aparecer Emilio, en la puerta del café, una advertencia: “Llegó Emilio”. La tarde se serenó bastante.

Sus ideales eran fuertes y duros, sus pulmones enclenques, su mirada apacible y su odio por la dictadura estaba amansado por un grave desprecio.

BAJO EL CIPRÉS

En el huerto me he dormido.

Árbol sin nacer: ¿qué olvido
futuro, será tu sombra?
Árbol de ayer: ¿en qué sueño,
tu olvido su mano ahonda?...

En el huerto he despertado.

Morado alhelí: ¿qué fuego
quema tu aroma lejano?
Jazmín —temblor de la noche—:
¿qué fuente te está llamando?

En el huerto estoy sentado.

Cuerpo triste: ¿en qué rocío
tu pena se está mojando?...

(Huele el sándalo florido
y mueve el viento el maestranzo.
Flota la luna en la acequia...)

En el huerto estoy llorando.

AUSENCIAS

1

Silencio, que viene el cielo...
(Y todo el cuerpo del agua
alza su luz para verlo.)

2

¿Le faltó un lucero al día?...
—No; que se lo llevó el cielo
cuando en el agua se hundía.

3

¿Y dónde está la campana?...
—La noche la está buscando
para que despierte al alba.

4

—Quién va?...
(La muerte pregunta.)
Y cada estrella se esconde
en su caracol de espuma.

MEMORIA DEL OLVIDO

Yo me he perdido porque siento
que ya no estoy sino cuando me olvido;
cuando mi cuerpo vuela y ondula
como un estanque entre mis brazos.

Yo sé que mi piel no es un río
y que mi sangre rueda serena;
pero hay un niño que cuelga de mis ojos
nivelando mi sueño como el mundo.

Cuando mi rostro suspira bajo la noche;
cuando las ramas se adormecen como
banderas,
si cayera una piedra sobre mis ojos
yo subiría del agua sin palomas.

Con el mar por medio

Yo subiría del fondo de mi frente
hasta habitar mi cuerpo como un ídolo;
hasta brotar en medio de mi carne
otra vez sobre el mundo sin cigüeña.

Pero el Japón no tiene más que un niño
y mis ojos aún sueñan bajo la luna.
cuando se seque el viento entre las flores,
así terminaré mi olvido.

TOMÁS SEGOVIA

Nació en Valencia en 1927.

Cuando tenía nueve años con sus padres inició un peregrinaje huyendo de las dictaduras y llegó finalmente a México.

En México estudió en la Universidad Nacional Autónoma, más tarde se hizo poeta y llegó a ser colaborador cercano de Octavio Paz.

Hace años se fue a vivir a España, en donde ahora reside, pero se sigue considerando exiliado y piensa que tal condición la sustentará mientras viva. Últimamente los libros de Tomás comienzan a llegarnos desde España y las revistas españolas atienden a su presencia cada vez con más interés.

En México las editoriales Juan Pablos y Ediciones SIN nombre se convierten en constantes difusores de sus libros poéticos y de sus puntos de vista, ya que es, también, un escritor de ensayos.

“Soy un exiliado, lo soy, lo soy. Eso no se quita. Yo no me considero un representante del exilio, pero es irreversible. Para mí el exilio no es un tema, es una condición. Aparece en lo que escribo como aparece que soy varón, heterosexual, sentimental... El exilio es una manera muy fundamental de estar con el mundo. Tiene que ver con la moral.”

Con el mar por medio

Tomás Segovia es un poeta nostálgico, él mismo lo declara: “Vivo de la nostalgia. He escrito un montón de poemas sobre la nostalgia”.

“No he vuelto. Como decía Max Aub. Aunque en otro sentido, he venido pero no he vuelto. Quería decir que volver no significa que quisiera integrarse, sino asomarse. Yo no he vuelto, sigo viviendo entre dos mundos.”

En cuanto a sus poetas preferidos Tomás Segovia afirma: “ahora descubro por qué a los 16 años me atraía Emilio Prados: porque era un incorruptible.”

Muchas de las ideas de Segovia las compartimos por línea paterna otros españoles fuera de España. “Mi padre era socialista cuando el socialismo era una moral.”

Una vez caminado por las calles de Madrid vio una pinta en una pared que decía: “Emigrantes, ni legales, ni ilegales: todos fuera”.

Y Tomás pensó para sí mismo: “terminamos por donde empezamos”.

CANCIONERO DEL CLARO PALACIO

Hace años ya que secuestrado
de mi claro palacio
masco en casas extrañas mi pan de solitario
hallando en su sabor salado
la sombra de unas lágrimas que son la sombra
de aquellos días.

Nadie ahí me reconoce.
Cuando paso, bajando la mirada,
por las frondas que antaño tachonaban
de singular penumbra mis diáfanos salones,
siento que cruzo el espacio más triste.

Así, olvido mi nombre y no digo mi raza.
Como extranjero piso los caminos que abrí,
ni quiero como impía voz
turbar el monumento de ausencia del silencio.

Y vivo aquí entretanto sin delatarme nunca,
aunque no puedo más, hermanos míos, no puedo
más.

NOSTALGIA DE UN LENGUAJE

En toda área de paz danzaban las palabras
no había una figura viva
en las confusas zonas de mi historia
que una vez no se hubiera revolcado
con mi lenguaje de insaciable ardor.

Así iba yo poblado
abrazado lamido mordisqueado untado
por mil viejos amores indistanciablemente
todos fieles y todos cálidamente vivos
palpados bajo aquel manto sonoro
tan sutilmente enumerado
tan sutilmente enamorado
que hacía mío todo lo de la vida mía
que yo para vivir necesitaba.

YO SÉ QUIÉN

Acabo de estar horas o edades o minutos
tratando de entender quién era un pino
ante el cual me senté sabiendo con certeza
que me había esperado allí toda la vida

Me ayudaron también algunos pájaros
que se incendiaban de coral traslúcido
cruzando el oro entre sus ramas

Lo supimos al fin
pero tan sólo yo y tan él solamente
que no podría quedar dicho aquí
sin él
en esta página

Buscadlo pues
sigue esperando.

ENRIQUE DíEZ-CANEDO

Nació en Alburquerque, Badajoz, en 1879 y muere en Cuernavaca, México, en 1944.

Fue un hombre liberal entregado a mantener las ideas más nobles.

Conocedor de la cultura europea informa a los españoles sobre otros poetas europeos.

Estaba viviendo en la Argentina y ejerciendo como embajador de España cuando se sublevó el ejército español y con ello comenzó la Guerra Civil. Se trasladó a España y allí defendió la legalidad a través de innumerables escritos.

Con la derrota de la República se fue con su familia a México para integrarse al exilio y continuar defendiendo los valores de la democracia.

Era un hombre, cuando yo lo conocí, canoso, apacible y lúcido. Tenía un sentido del humor socarrón y sin aristas.

Más de una vez fuimos a comer juntos a un restaurante que se llama El Mesón del Cid en donde servíamos de regocijo para otros amigos que nos veían en tal lugar, ya que ninguno de los dos tenía el aspecto del guerrero conquistador; por el contrario, pienso que parecíamos dos señores mayores dados a la melancolía.

Paco Ignacio Taibo I

No he podido nunca recordarle como un hombre duro o agresor, pero a la hora de elegir a los autores para sus ediciones Enrique era tenaz y sabía muy bien lo que quería.

Enrique Díez- Canedo había creado una editorial que llegó a ser muy importante en su nuevo país y en donde fueron apareciendo las nuevas figuras de la literatura mexicana.

Aun cuando como poeta se le consideraba ligado al modernismo pronto los acontecimientos que afectaron de inmediato a su vida lo llevaron hacia una poesía intimista en la que estaba presente la defensa de sus más nobles intereses.

Deja Enrique tras de sí, en México, una larga estela de conocimientos; afortunadas defensas de la belleza y de la verdad; y un ejemplo del hombre al que los sucesos que le atañeron nunca le obligaron a ceder ante lo injusto o lo infamante.

CREPÚSCULO DE INVIERNO

La muerte lenta de la tarde fría
llena la estancia de melancolía.

Los leños encendidos de reflejos
salpican muebles y tapices viejos.

Un reloj soñoliento da la hora:
las cinco; y cada campanada llora.

Junto al hogar, un galgo; no se mueve;
sus costillas se acusan en relieve.

Alza de pronto la cabeza fina:
se ha movido el carmín de una cortina.

Da paso la cortina blasonada
a un hidalgo de ascética mirada.

Se asienta en un sillón de tonos rojos.
El perro fija en él sus vítreos ojos.

¿Qué viejas cosas recordarle quiere?...
Se carboniza un leño. El día muere.

EL DESTERRADO

Todo lo llevas contigo,
tú, que nada tienes.
Lo que no te han de quitar
los reveses
porque es tuyo y sólo tuyo,
porque es íntimo y perenne,
y es raíz, es tallo, es hoja,
flor y fruto, aroma y jugo,
todo a la vez, para siempre.
No es recuerdo que subsiste
ni anhelo que permanece;
no es imagen que perdura,
ni ficción, ni sombra. En este
sentir tuyo y sólo tuyo,
nada se pierde:
lo pasado y lo abolido,
se halla, vivo y presente,
se hace materia en tu cuerpo,
carne en tu carne se vuelve,
carne de la carne tuya,
ser del ser que eres,
uno y todos entre tantos
que fueron, y son, y vienen,
hecho de patria y de ausencia,

Con el mar por medio

tiempo eterno y hora breve,
de nativa desnudez
y adquiridos bienes.
De aquellos imperturbables
amaneceres
en que la luz de tu estancia
se adueñaba tenue
pintando vidrios y cuadros,
libros y muebles;
de aquellos días de afanes
o placeres,
de vacilación o estudio,
de tenso querer, de inerte
voluntad; de cuantos hilos
tu vida tejen,
no hay una urdimbre quebrada
ni un matiz más débil..
Nadie podrá desterrarte
de estos continentes
que son carne y tierra tuya:
don sin trueque,
conquista sin despojo,
prenda de vida sin muerte.
Nadie podrá desterrarte;
tierra fuiste, tierra fértil,
y serás tierra, y más tierra
cuando te entierren.
No desterrado, enterrado
serás tierra, polvo y germen.

JUAN REJANO

Nació en Puente Genil, provincia de Córdoba, en 1903 y murió en México el 4 de julio de 1976.

Parece que la primera vocación de Juan Rejano fue hacerse violinista, pero esta ilusión cedió ante su excepcional talento de escritor y poeta.

Empieza a escribir poesía en París, ya que había pasado a Francia buscando escapar del franquismo. Y en 1943, a sus cuarenta años, ya en México, publica su primer libro de poemas *Fidelidad del sueño*.

Juan Rejano era un español hasta los tuétanos.

Tan español era que tenía presupuesto que terminaría su vida en España en donde lo enterrarían, pero el hombre propone y las enfermedades cardiacas disponen.

Así que aquel poeta grande, enérgico y contumaz se quedó para siempre en un país que le había acogido con los brazos abiertos y le había dado santo y seña de muchas actividades literarias.

Yo apenas le conocí porque él, cuando yo llegué a México, ya tenía, como los buenos matadores formada su cuadrilla.

Era amigo de otros poetas que lo miraban no sólo con amor sino con ese cariño que se compone de fidelidad a las ideas que no siempre fueron afortunadas.

Con el mar por medio

En su último e inacabado poema **Juan Rejano** pasa del canto al grito.

“España, España
acércame tus labios...
Estás a un vuelo de mi sed. Me muero
por besar tus olivos.”

No se podría añadir gran cosa a este dolorido clamor de **Juan Rejano**; dado siempre a las palabras grandes, a los gritos dolientes, al furor contenido.

Yo le escuché clamar en una institución en la que abundaban las mujeres unos versos que ahora recordaré.

Aquella tarde, creo que ya era casi noche, salió un largo pañuelo a escena y todas las mujeres se fueron llorando hasta sus casas.

“Mírame aquí, lejana España mía,
devanando en tu imagen mi agonía,
madura la pasión, la sangre alerta.”

Fue **Juan Rejano** un escritor no sólo apasionado, sino también dado al trabajo; dirigió revistas, páginas culturales, colaboró con sus colegas del exilio en todo momento y se hizo amigo entrañable de la gente de su misma profesión.

CANCIONES DE ESPAÑA

En la ribera los álamos,
en los álamos el viento,
en el viento sueños claros
embriagando el pensamiento.

Por el camino una sombra
querida pasa y se pierde.
El alma la sigue absorta
en medio del campo verde.

Y otra vez vuelven los claros
sueños a tejer su cuento.
En la ribera los álamos,
en los álamos el viento...

TRÉBOL DE OCTUBRE

Busco en la noche, octubre, aquella hora
en que, al borde sediento de la herida,
el árbol rojo de la nueva vida
cubrió la tierra, modeló su aurora.

Mi mano extendiendo hasta encontrar la flora
en que tu claridad fue establecida.
Devuelve el tiempo lo que el tiempo olvida
y el corazón anónimo atesora.

Allí me pongo a enumerar mis sueños
—errantes linfas, pájaros isleños—
y en todos hallo el aura de tu estrella.

Con la violencia enfrente creo y amo.
Tu primer fruto fue la paz: por ella
sé siempre dónde estoy, cómo me llamo.

EL NOMBRE

Si escribo gratitud, si escribo amor,
sólo ofrezco unos signos. Signos. Nada.

Puedo escribir también pan, libertad,
y acaso se me quiebren las palabras.

Yo escribo en mis adentros hombre y pueblo,
y algún sentido tiene ya la fábula.

Lo más profundo siempre está en el nombre:
México, Cárdenas.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

Nace en Málaga en 1905 y muere en Burgos en 1959. Estudia abogacía y se dedica a editar revistas, entre la que destaca la llamada *Caballo Verde para la Poesía*(1935), dirigida por Pablo Neruda.

Vive durante un tiempo en Francia, y se exilia en Cuba y llega a México en 1943.

Conoce a Buñuel y esta amistad le hace interesarse por la cinematografía. Manuel produce *Subida al cielo* en 1951, dirigida por Buñuel.

Es importante recordar que junto con su amigo Emilio Prados, también malagueño, funda la revista *Litoral* en 1926, que desaparece cuando triunfan las fuerzas fascistas en España.

En este primer número colaboraba gente significativa del exilio, entre ellos: Luis Buñuel, Rafael Alberti, Pedro Garfias, José Bergamín y otros.

La revista está prohibida durante largos años y solamente en junio de 1968 vuelve aparecer abriendo este primer número del “resucitado” *Litoral* con un homenaje a Altolaguirre y a Emilio Prados.

Por entonces Manuel había fallecido en Burgos víctima de un accidente de tránsito cuando intentaba colocar sus películas en Europa.

Estaba casado con la poetisa Concha Méndez la cual dio cobijo, a la muerte de su marido, a Luis

Cernuda, quien vivió durante años en las casa de los Altolaguirre

En Londres Manuel Altolaguirre editó una revista en español y en inglés en homenaje a la muerte de Cervantes y de Shakespeare, acaecidas ambas en 1616.

HOY PUEDO ESTAR CONMIGO

Hoy puedo estar conmigo. He deseado para ti todo el bien y me acompaña la bondad del amor. A ti te debo gozar en soledad la compañía más difícil del hombre, la que tiene consigo mismo. No me causa miedo reconocerse, ni busco a nadie, no. Le has dado a mi semblante sin saberlo una luz interior que me hace fuerte, para vencer mayores soledades.

SEPARACIÓN

Mi soledad llevo dentro,
torre de ciegas ventanas.

Cuando mis brazos extendiendo
abro sus puertas de entrada
y doy camino alfombrado
al que quiera visitarla.
Pintó el recuerdo los cuadros
que decoran sus estancias.
Allí mis pasadas dichas
con mi pena de hoy contrastan.

¡Qué juntos los dos estábamos!
¿Quién el cuerpo? ¿Quién el alma?
Nuestra separación última,
¡qué muerte fue tan amarga!

Ahora dentro de mí llevo
mi alta soledad delgada.

EJEMPLO

Cuando se aleje, suba, nos corone,
este espacio de tiempo incandescente,
esta guerra flamígera en que estamos,
cambiará con su lluvia y con su fuego,
los estériles campos de la Historia.
Todos los manantiales son heridas
y al quebrarse la tierra para el agua
olvida las tinieblas del subsuelo.
No hay corriente de goce que no venga
de una lejana fuente de amargura.
Al dar su luz el fuego se consume.
Así nuestro dolor tendrá su gloria.

JOSÉ MORENO VILLA

Nace en Málaga el 16 de febrero de 1887 y muere en México en 1955.

En mi casa se tenía por Moreno Villa un cariño teñido de respeto. Esta actitud familiar la heredé cuando fui a conocerlo en la ciudad de México de forma casi siempre circunstancial y transitoria.

Había sido bibliotecario del Instituto Jovellanos de Gijón, en donde se guardaban documentos preciados que la Revolución de Octubre de 1934 destruyó.

Moreno Villa cuando tenía dieciocho años fue enviado a la ciudad de Friburgo, para estudiar química, pero su afición por la ciencia duró poco. Su familia tenía la esperanza de que se convirtiera en un buen especialista del conocimiento de los misterios del vino malagueño.

A su regreso de Alemania ingresa a la Residencia de Estudiantes de Madrid, en 1917, y allí permanece hasta el 29 de noviembre de 1937 cuando la Guerra Civil acabó con ella.

No sé que tiempo vivió en Asturias, pero fue muy poco porque la guerra le obligó a salir para Madrid y de Madrid para el exilio.

Con el mar por medio

Cuando en mi casa se supo que Moreno Villa venía destinado a Gijón, creo que se repitió muchas veces una frase, ¡Hemos tenido suerte!

La suerte duró poco. El exilio le duró casi 20 años.

Había estudiado en su juventud arte y muchos de sus cuadros se conservan en casas y en museos de América y de Europa.

MADRID, FRENTE DE LUCHA

Tarde negra, lluvia, lluvia,
tranvías y milicianos.
Por la calzada un embrollo
de carritos sin caballos,
y jumentos con el mísero
ajuar de los aldeanos.
Fares sin color, que emigran
de los campos toledanos;
niños, viejos,
mujeres que fueron algo,
que fueron la flor del pueblo
y que hoy son la flor del harapo.
Nadie habla. Todos van,
todos vamos,
a la guerra o por la guerra,
en volandas, o rodando,
a millares, como hojas
en el otoño dorado.
Pasan camiones de guerra
y filas de milicianos
entre zonas de silencio,

Con el mar por medio

lluvia y fango.

Pasan banderines rojos,
delirantes, desflecados,
como nuncios de victoria
en las proas de los autos,
mientras la mujeres hacen
“colas”, por leche, garbanzos,
carbón, lentejas y pan.

Los suelos están sembrados
de cristales, y las casas
ya no tienen ojos claros,
sino cavernas heladas,
huecos trágicos.

Hay rieles del tranvía
como cuernos levantados.
Hay calles acordonadas,
donde el humo hace penachos
y hay barricadas de piedras
donde antes nos sentábamos
a mirar el cielo terso
abierto a todas las brisas
y sentimientos humanos.

Confundido, como pez
el globo de agua, deshago
mis pisadas por las calles.

Subo, bajo,
visito las estaciones
del metro. Aquí, como sacos
duermen familias sin casas,

Paco Ignacio Taibo I

huelo a establo;
se respira malamente.
Subo, salgo.
Vuelvo a la tarde nublada.
Me siento como encerrado
en un Madrid hecho isla,
solo, en un cielo de asfalto,
por donde cruzan los cuervos
que buscan niños y ancianos.
Tarde negra; lluvia, lluvia,
tranvías y milicianos.

FRENTE

Esto es el frente; aquí no hay
el menor asomo de juego.
Ya no valen literaturas.
Esto es el frente, duro y seco.
Es la bala y el cuerpo humano,
es la tierra y el pájaro avieso,
es la cabeza y es la mano,
y es el corazón contra el hierro.
Es subir y bajar cañones
por lomas atónitas de miedo.
Es aguantar cuchillos y cascos
sin moverse del parapeto;
es acompañar a los tanques
monstruosos en sus sondeos;
es no beber y no comer
y no dormir un día entero;
es salir con la frente alta,
o en la lona del camillero.

LUIS RIUS

Nació el 1 de noviembre de 1930 en Tarancón, España, y murió el 10 de enero de 1984 en la ciudad de México.

Llegó con su familia cuando él cumplía nueve años; fue profesor de literatura española en la Universidad Nacional; tuvo incontables amigos; se casó con la bailarina Pilar Rioja; y en un matrimonio anterior tuvo tres hijos.

Hoy la Universidad lo recuerda, ya que una de sus aulas lleva su nombre. Fue un profesor que creó una escuela de enamorados del barroco español.

Atendió con cuidado y esmero a cada palabra de los poetas grandes.

Le amamos tanto que aún cargamos con su pérdida.

No es fácil olvidarlo ni separarlo de nuestras vidas.

A mí me dedicó un poema que por pudor no está aquí antologado y a Pilar Rioja le dedicó varios libros en los que bastaba con leerlos para verla bailar.

Una enfermedad, lenta y cruel, se lo estuvo llevando poco a poco.

Volvió a España cuando la democracia le abrió las puertas y allí dejó, también, muchos amigos y muchos versos.

Con el mar por medio

El retrato de Luis, que ahora copio, lo escribió Julio Alejandro, el hombre que con Buñuel creó películas inolvidables.

“Tenía la palabra exacta,
el verbo fácil,
la oración halada
y el alma... ¡Cómo entregaba el alma!,
¡Dios mío! ¡Cómo la entregaba!.
Tenía el gesto suave,
placentero,
parecía feliz en su sosiego,
hablaba mansamente,
como huele la juncia
y el espliego”

Lleno de ti; por ti desconsolado.
Mientras más de tu amor la llama crece
más en mi corazón abandonado
la soledad se aviva, se enardece.
Y si más rigurosa y prolongada
tu esquivez, con más vida reverdece
la flor de mi esperanza enamorada.

En confusos latidos, y turbados,
mi corazón, contigo prisionero,
dolor y gozo siente aparejados,
pues en sólo tu amor temo y espero.
Es mi agonía cruel, como de amante;
que en un mismo suspiro vivo y muero,
y nazco y me aniquilo en cada instante.

CANCIONES DE IRREMEDIABLE AMOR A LA
BAILARINA

Para que nunca muera yo te canto,
y palabra a palabra desespero.
No sabrán cómo fuiste...
Se me rompe la pluma entre los dedos,
se rompería el pincel
que intentara pintar tu alma y tu cuerpo.
No, no sabrá ya nadie cómo fuiste;
ni el más iluminado pensamiento
logrará imaginarte,
¡yo que quiero
que te sigan amando como yo,
siglo tras siglo, los que no te vieron!

¿Cómo poder pensar una hermosura
más real que tu cuerpo?
Venus de nube o de mármol de agua,
curva tibieza de esplendor erecto.
Tacto das a los ojos que te miran,
inasible y corpórea como un sueño.
Aun inmóvil, es danza
la estatua de tu cuerpo.

A VECES SE PIENSA EN EL MAR

A Paco Ignacio Taibo

I

Cuando yo pueda andar toda una tarde
por la orilla del mar, cuando yo tenga
dinero para ir al mar, cuando me quite
esa larga pereza de estar aquí en mi casa
derrumbado, arrumbado, derrengado
en la cama entre libros y tristeza,
y acomode mi ropa y suba a un taxi
para ir a la estación del tren, y mire
cómo se van casas y casas
de la ciudad y diga en pensamiento
me voy al mar...

Cuando yo me decida
a decirme a mí mismo: voy al mar
porque no quiero estar aquí conmigo
entre harapientas, pobres soledades,
se van a incomodar todas las horas
que se habían alojado en los rincones
de este cuarto, a montones, como polvo,
acostumbradas a que nada ocurra
y al olor encerrado día tras día.

Yo sé bien que ellas saben que me he dicho
muchas veces: si yo me decidiera

y por fin fuese al mar...

Y si cerrara suave, quedamente la puerta
de la casa, pensando
que no pienso marcharme para siempre,
con el pulso tranquilo, como cuando
cierro para bajar a comprar más cigarros.
Y bajara sin prisa la escalera
y caminara y caminara
y no me detuviera y caminara
y sin sentir llegase a un tren que espera
y me subiera en él y el tren se fuese
a cualquier parte, lejos, y tuviera
dinero en el bolsillo y no pensara
en todo lo que dejo aquí pensado.
Si tuviera o tuviese, si pensara
o pensase o pudiera, si pudiese...

Yo sé la pena de los subjuntivos
porque tampoco saben ir al mar.

Si yo no odiara el mar, como esos otros
que les gusta ir al mar a broncearse,
a hacerse un poco estatuas de sí mismos
y enamorar al sol a otras estatuas solas.

Pero a mí no me gusta el mar. Yo digo
que me gustan los pueblos tierra adentro
con su campo labrado, con sus yuntas,
sus aperos, sus serios labradores,
y salir yo muy de mañana al campo

Con el mar por medio

a oler el olor bueno de la tierra.
Porque yo soy de un pueblo tierra adentro
y nunca olvida nada el inconsciente,
dicen que dijo Freud, digo que dicen.

Si yo, si yo, si yo, si yo dijera...
Sí, sí, podría decir...
(Voy a dormirme un rato, y a ver luego...)

CONCHA MÉNDEZ

Nació en Madrid en 1898 y muere en México en 1986.

Fue educada en un colegio francés y ésta influencia se notó en sus primeros versos.

Veraneando en San Sebastián, a los 19 años, conoce a Luis Buñuel, del cual parece ser que se hace novia. Ese noviazgo, y la amistad con Alberti y Lorca, la unirán al grupo del 27.

Pronto se dio a conocer como poeta y en 1926, a los 28 años, publica su primer libro de poemas titulado *Inquietudes*, dos años después apareció *Surtidor* y cuando estaba a punto de estallar la Guerra Civil, Concha Méndez dio a conocer *Canciones de mar y tierra*.

Viaja por varios países en donde sigue publicando poemas y en 1931 conoce a Manuel Altolaguirre. Un año más tarde se casan y viven, de 1933 a 1935, en Londres, donde nace su hija Paloma.

Se exilian tras la Guerra Civil en París y en La Habana, hasta 1943.

Un año más tarde llegan a México donde se separan.

DE QUÉ TRIGAL MALHERIDO

(Concha Méndez dedica este poema
al que fue su marido, Manuel Altolaguirre)

¿De qué trigal malherido
te fueron a levantar,
mi pobre ángel caído?

¿Acaso era tu destino
ir tan lejos a acabarte
y por eso tanta prisa
tenías cuando marchaste?

¿Era la cita en Castilla
y esa noche castellana
para acogerte en sus brazos
a esa hora te esperaba?

¡Qué ajena estaba mi vida
a que tu vida marchaba
en un viaje de ida
sin más vuelta ni más nada!...

TUDO, MENOS VENIR PARA ACABARSE

Todo, menos venir para acabarse.
Mejor rayo de luz que nunca cesa;
o gota de agua que se sube al cielo
y se devuelve al mar en las tormentas.

O ser aire que corra los espacios
en forma de huracán, o brisa fresca.
¡Todo, menos venir para acabarse,
como se acaba, al fin, nuestra existencia!

ERAN VERDES COMO UN MAR...

Eran verdes como un mar,
con reflejos de alto cielo.
—¡Qué bien sabían mirar!—
unos ojos que recuerdo.

En la penumbra lucían
con una luz de misterio,
como dos claros abismos
abiertos a mil deseos.

Muchas horas tuve cerca
los ojos verdes aquellos,
que implorantes me miraban
¡y yo hacía por no verlos!

Y hoy que mirarlos quisiera,
están tan lejos..., ¡tan lejos!

RAMÓN XIRAU

Nació en Barcelona el 20 de enero de 1924.

Profesor de filosofía y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México; tiene publicadas numerosas obras.

Como poeta se dio a conocer muy pronto en idioma catalán y algunos de sus poemas se tradujeron al español por diversos escritores.

Colaboró con Octavio Paz en diferentes trabajos y se ha publicado una antología de su obra con motivo de la concesión del Premio Alfonso Reyes.

La poesía de Ramón Xirau en ocasiones parece que quisiera convertirse en cuadro, en estampa, en colores...

Caminar por su poesía bien nos pudiera llevar a una galería de pintura.

Ignoro cómo puede sonar en catalán alguno de sus poemas, porque sus versos son tan personales que al cambiar de idioma cambian o se vuelven distintos.

Por algo será que el propio Xirau parece entender que un verso suyo es diferente, según quien lo diga.

En esta antología publicamos el poema Mesa, que Ramón ofrece en un mismo libro en sus dos ver-

Con el mar por medio

siones, es decir, lo dice para sí mismo y para los demás.

Algo añadiría yo sobre este Ramón, de palabra muy suave y susurrante, él coloca sus versos en esta antología del Exilio sin violencia y sin esfuerzo. En un panorama en donde abunda la realidad sonora Ramón Xirau nos ofrece una mesa en la que alguien dispuso lo necesario para un cuadro gentil.

TAULA

A Manuel Ulacia, continuador poético de Altolaguirre

La taula blanca. Tres taronges

Transparents, el vas d'aire

transparent

el vas de l'aigua.

Poques coses, precises,

la taula —tres taronges—blanca.

MESA

A Manuel Ulacia, continuador poético de Altolaguirre

La mesa blanca. Tres naranjas

Transparentes, el vaso de aire

Transparente

el vaso de agua.

Pocas cosas, precisas

la mesa —tres naranjas— blanca.

Con el mar por medio

HOY

Contemplemos el trigo
 presente presente
veámosle espigar
 viento de mar viento
contemplemos los ágaves
 los pájaros regresan
miremos las fiestas de oro
 en el curvar del mar
espigan los instantes
 timoneles del tiempo
dioses de lluvia
 transparentes
 hacia el centro
del tiempo
 los ágaves y el trigo
estrella de noche mañana
 ahora que ver es ver
en el trigo amarillo y nieve
 los ágaves de trigo.

ADOLFO SANCHEZ VÁZQUEZ

Nació en Algeciras, España, en 1915.

Junto con su familia se trasladó a Málaga en donde cursó el bachillerato. Él confiesa que a partir de estos años entró en contacto con la reflexión política y filosófica.

La Segunda República española lo convierte en un escritor beligerante y la Guerra Civil española lo encuadra en las filas republicanas.

“Mi actividad política la inicié muy precozmente en Málaga, pues era difícil sustraerse al clima de entusiasmo que suscitó el nacimiento de la Segunda República.”

En 1933 ya formaba parte del Bloque de Estudiantes Revolucionarios y ese mismo año ingresó a la Juventud Comunista.

Con la derrota de la República se embarca en la primera expedición colectiva a bordo del Sinaia, para desembarcar en Veracruz el día 13 de junio de 1939. Pensábamos que nuestra estancia en México sería breve y que pronto regresaríamos a España. No fue así.

Sin embargo, la política no era su única ocupación y preocupación ya que la actividad literario-poética tenía también un lugar importante en su vida: “Dentro de mi actividad literaria de esos años, ya en

el umbral electrizante de la preguerra civil, figuran mis colaboraciones en una sección de literatura de *Mundo Obrero*, órgano dirigido por el Partido Comunista de España, así como mi trabajo activo, con José Luis Cano, al frente de una publicación política-intelectual, *Línea*, de breve existencia. También a este periodo corresponde la revista *Sur*, que en Málaga fundamos y dirigimos Enrique Rebolledo y yo”.

En España había ingresado a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, entonces dirigida por José Gaos.

Ya en México Adolfo Sánchez Vázquez participa con un grupo importante de intelectuales y poetas y continúa estudiando, hasta ser considerado un teórico profundo del marxismo.

Pasa un tiempo en Morelia, retorna a la ciudad de México y a la Universidad Nacional, en donde cursa varias especialidades.

Pocos eran, en los años cincuenta, los marxistas que se atrevían a brincar el muro de la ortodoxia impuesta por la Unión Soviética, entre ellos se encontraba Adolfo Sánchez Vázquez; su pensamiento riguroso y crítico y también las experiencias personales lo llevaban a cuestionar el régimen comunista imperante, que tenía su expresión perfecta en el “realismo socialista”.

Curiosamente este teórico del marxismo no sólo no abandona la literatura sino que publica sus poemas; hasta el punto de que debe ser incluido en una antología como la presente.

Últimamente Adolfo Sánchez Vázquez escribió, “He llegado a la conclusión de que no obstante el fracaso histórico de los proyectos de emancipación social, el socialismo sigue siendo necesario, deseable, posible... se hacen necesarias las teorías que contribuyan a realizar el proyecto socialista de emancipación. Y, entre ellas, sin ser exclusivo, el marxismo, entendido como proyecto liberador, crítica de lo existente, conocimiento de la realidad social a transformar y vinculación con la práctica”.

ROMANCE DE LA DEFENSA DE MÁLAGA

Málaga, tu corazón
tiene fronteras de hielo,
que apagarán tus latidos
si no despiertas a tiempo.
Cuchillos que se quebraron
en Madrid frente a un gran pueblo
quieren clavarte la muerte
cuando te cerca ya el sueño.
¡Málaga, la angustia rueda
alrededor de tu cuerpo!
¡Levanta pronto tu pulso
si no quieres verlo muerto!
¡Málaga, responde ahora,
que si no tu voz no la encuentro,
la España que sangra y muere
desde tu arena hasta Oviedo,
te acusará por ser mármol
cuando la lucha está ardiendo!
¡Despierta, pronto, que viene
una muralla de fuego,
desde Estepona a Marbella
para ennegrecer tu suelo,
quemándote las entrañas
con toda la muerte dentro!
¡Vamos todos a la lucha,

con palas, picos y acero,
que por las costas avanzan
para cortarte los pechos!
¡Vamos, Málaga la Roja,
a estrangularlos sin miedo!
Más firmes que las espigas,
aunque la nieve pisemos,
más despiertos que los ríos
que no conocen el sueño,
más duros que el duro mármol,
más calientes, más sedientos,
¡en pie, todos! ¡preparemos
una barrera de pechos!
Nadie duerma, que el fascismo
no duerme, que está despierto.
Que se levanten ardientes
todos los pulsos de hielo.
Que cada garganta fría
sea un surtidor de fuego.
Que cada brazo caído
sea un surtidor de fuego.
¡Málaga, despierta ahora!
¡Que vibre tu pulso a tiempo!
¡Nadie duerma, que la muerte
está rondando tu cuerpo!

PEDRO SALINAS

Poeta nacido en Madrid en 1892 y muere exiliado en Boston en 1951.

Fue profesor de literatura y poesía en diferentes países, Sevilla, Murcia, Cambridge, Santo Domingo y Boston.

Es el principal poeta del amor de su generación.

Se pueden distinguir tres fases en su poesía amorosa: La primera, poesía pura, bajo el influjo de Juan Ramón Jiménez; una segunda etapa de 1933-1939. Poeta del amor antirromántico; y una tercera etapa tras la Guerra Civil en la que se da una lucha entre su fe en la vida y los signos angustiosos que ve a su alrededor.

“El amor es una prodigiosa fuerza que da plenitud a la vida y que confiere sentido al mundo. Por el amor el poeta ama la vida.”

En total publicó los siguientes libros de poemas: *Presagios* (1923); *Seguro Azar* (1929); *Fábula y Signo*(1931); *La voz a ti debida* (1933); *Razón de amor* (1936); *El contemplado* (1946); *Todo más claro* (1949); *Confianza*(1955).

En la edición de sus *Poesías completas* (1961) apareció la mención de un libro del que no se tenía noticia y que se tituló *Largo Lamento*.

Paco Ignacio Taibo I

En 1970 la Editorial Alianza publicó *Pedro Salinas: Poesía*, poemas seleccionados por Julio Cortázar del que, también, era la nota preliminar en la que el escritor afirmaba:

“Lo mejor de Salinas salta de sus libros con una gracia de gato joven apenas se le pierde el miedo a la irreverencia, a la cronología y al qué dirán los hombres sabios”.

Julio Cortázar seleccionó lo que más le gustó o emocionó de Pedro Salinas, mientras hacía un viaje interminable por tierras que iba conociendo, según iba descubriendo.

También en este viaje conoció y descubrió a Pedro Salinas.

Este libro de Alianza Editorial es, también, una posibilidad de conocer a un poeta.

Y este otro libro que tienes en las manos es otra posibilidad distinta. Así es la vida y así es la literatura.

LA DESTERRADA

Tú, ruiseñor, que solías
despertarme al quiebro del alba,
¿por qué me dejas dormir
hasta la luz alta?

¿Será porque yo vine
—soy la extrañada—,
mientras se quedó tu canto
tan buena ausencia guardándome,
junto a mi ventana?

¿Porque estoy yo aquí, será,
de ti distanciada,
por horas, horas y horas,
por tierras y mares anchas?
¿Por qué yo estoy aquí y tú
estás donde estabas?

PARA VIVIR NO QUIERO...

Para vivir no quiero
islas, palacios, torres.
¡Qué alegría más alta:
vivir en los pronombres!

Quítate ya los trajes,
las señas, los retratos;
yo no te quiero así,
disfrazada de otra,
hija siempre de algo.
Te quiero pura, libre,
irreductible: tú.
Sé que cuando te llame
entre toda la gente
del mundo,
sólo tú serás tú.
Y cuando me preguntes
quién es el que te llama,
el que te quiere suya,
enterraré los nombres,
los rótulos, la historia.
iré rompiendo todo
lo que encima me echaron
desde antes de nacer.

Con el mar por medio

Y vuelto ya al anónimo
eterno del desnudo,
de la piedra, del mundo
te diré:
“Yo te quiero, soy yo”.

JUAN LARREA

Escritor español nacido en Bilbao en 1895 y muerto en Córdoba, Argentina, en 1980.

Fue esencial en su creatividad la cercanía e influencia de algunos poetas hispano mexicanos cercanos a su vida en el exilio argentino.

Al comienzo en su carrera conoció a Gerardo Diego y fue un hombre cercano al creacionismo.

Después de haberse titulado en Letras ingresó en el cuerpo español de Archiveros y más tarde pasó al exilio quedándose en Buenos Aires en donde falleció.

Antes de la Guerra Civil española, y junto con César Vallejo, publicó una revista que tuvo una fuerte influencia en la poética, por entonces recién nacida: *Favorable-París-Poema*.

Vivió, un tiempo, en Estados Unidos, Perú, México y Argentina, para quedarse definitivamente en este último país.

Sus estudios y ensayos sobre poesía y literatura tuvieron una influencia entre los escritores que lo conocieron y también entre sus múltiples lectores.

Gran parte de su poesía está escrita en francés en lo que bien pudo haber sido un homenaje a quie-

Con el mar por medio

nes entonces estaban señalando los nuevos caminos de la literatura.

Por vez primera en 1969 se publican los poemas de Larrea escritos en castellano titulados *Versión Celeste*; y entre ellos hemos escogido los que nos parecieron los más significativos. Sorprendió a sus críticos una cierta religiosidad que no parecía común a los poetas españoles del exilio.

POSICIÓN DE ALDEA

Condesciende sé frágil a lo largo
de las mieses
más calientes que un acto de presencia.

Un gallo diluido en los grises del horizonte
escarba entre mis cabellos y hace tiempo
bajo el ala

De los brazos del reloj un mundo descarnado cae
a grandes rasgos
antes de que la noche nos rocíe de frente
y mariposa
yo me siento invadido por un principio de sendero

La mayor parte del sol ilumina mi sombrero

RAZÓN

Sucesión de sonidos elocuentes movidos a resplandor.

(poema

es esto

y esto

y esto

Y esto que llega a mí en calidad de inocencia hoy,

que existe

porque existo

y porque el mundo existe

y porque los tres podemos dejar correctamente de

(existir.

NURIA PARÉS

Nació en Barcelona en 1925, aunque vivió en Madrid hasta la Guerra Civil española.

Llegó a México en 1943. Concertista de guitarra actuó en varios países, entre ellos Cuba.

Excelente traductora de poemas.

Vicente Aleixandre respondió al envío de un libro de poemas de Nuria con estas palabras:

“Quiero decirle cuánto me ha emocionado este libro suyo, y agradecerle su regalo y dedicatoria. La expresión transparente está transida de estremecimiento que alcanza íntegramente el corazón de su lector dejándolo traspasado y acrecido.

¡Qué fondo doloroso y más, trágico, hay en la lectura de estos poemas!”

Romances de la voz sola fue publicado por Gráfica Panamericana en la ciudad de México, en 1951.

En 1959 se publicó *Canto llano* por el Fondo de Cultura Económica.

Y *Colofón de luz* fue publicado en 1987 por el INBA y PANGEA.

Hay un libro sobre poesía japonesa (Haiku) que apareció con prologo de Nuria y fue editado por Oasis, en México en 1966.

Con el mar por medio

Susana Rivera, profesora de la Universidad de Albuquerque, Nuevo México, la incluyó en un libro en el que se recogían los poemas de lo que Susana Rivera llamó *Última voz del exilio*.

Entre los cuales nosotros hemos incluido no solamente a Nuria en esta antología, sino también a Luis Rius y Tomás Segovia.

CANCIÓN DE VIDA

Por un laberinto,
calle del deseo,
buscándome el alma,
hallándome el cuerpo.

Por un laberinto,
corredor del sueño,
vueltas y revueltas
me busco y te encuentro.

Por un laberinto,
callejón del miedo,
cada vez más hondo,
cada vez más lejos.

Por un laberinto,
senda del misterio,
con la muerte al hombro
y el andar ligero.

Por un laberinto...

LOS CIERVOS

Los recuerdos son ciervos
de un bosque sin veredas,
esquivos tejedores
de las marañas densas,
verdugos inocentes
de la emoción despierta.
Y no sé dónde habitan,
emergen de la niebla
y el sonido más leve
los dispersa.
Se pierden en el bosque
de las ideas muertas,
árboles calcinados
y jirones de niebla,
pájaros disecados
sobre las ramas yertas
y plumas de colores
que fingen hojas secas...
¡El bosque silencioso
donde los ciervos quedan!



Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- **Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- **El Cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- **Jesús María Rangel y el Magonismo Armado,** de José C. Valadés.
- **Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- **Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- **San Ecatepec de los Obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- **La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- **Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- **El socialismo del sureste,** de Armando Bartra.
- **La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- **Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- **Testimonios del 68** - Antología literaria.
- **De los cuates pa' la raza** - Antología literaria.
- **Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- **Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.
- **La oveja negra,** de Armando Bartra.

- **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- **Hijos del Águila**, de Gerardo de la Torre.
- **Morelos, El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.

